

Carlos Barbarito

Botella de Leyden



A María y Cecilia.

Dibujo de portada: Julio Silva.

La poesía es la anotación de una respuesta, pero la distancia entre esa respuesta, el hombre y la palabra, es casi ilegible e inaudible.

José Lezama Lima, *Pascal y la poesía*.

Adiós a un sueño, no se hace...

Adiós a un sueño, no se hace
en la piedra el Paraíso, no hay espacio para el fruto;
quién almorzará ahora si lo que irrumpe
es la noche, manteles sólo mojados de agua.

Adiós al pan, al sabor de otra boca
en la boca propia, al deseo de cebada y centeno,
plano que se inclina para que ruedan,
esposados, palabra y cosa, hacia el abismo.

En qué dialecto, por qué gracia,
a través de qué mecánica;
si ahora viera tu rostro, cualquier rostro,
lo creería mancha, error de un supuesto Plan
que debiera ser blanco sobre blanco.

Hay sangre, verdín, torpeza,
vulgar locura de marino ebrio,
Fuego de San Telmo visto por un instante
desde alguna dársena a la que abandonaron,
hace mucho, los pájaros. Adiós
a la topografía, a la señal en el cielo o la tierra;
ya no vendré, ni vendrás,
no lloverá ni hará buen tiempo,

todo será imposible, la voz dirá *no ha lugar*,
y no habrá lugar alguno.

¿Cuál es la medida, la tabla..?

¿Cuál es la medida, la tabla,
el esbozo? En la sombra, el instinto;
en la luz, la herrumbre
que migra de cuerda en cuerda.
Cree, no cree: se peina
en la penumbra, después del deseo
y su conclusión; brevedad, infinito:
el agua es confusa,
baja espesa hacia un centro inmóvil,
la belleza se hace y se deshace
mientras espío lo que queda del mundo
a través de su última voz,
áspera y profunda.

¿Cuál es la cábala,
la melodía, el arco
ahora que todo se apaga
y, en lo que cae, rueda y se trastorna,
pronto nadie, pasado, periferia?

Hay una botella rota...

A Carlos Campagno y Alberto Rivas, en memoria

Hay una botella rota
entre muchas otras botellas rotas,
rotas maderas, alas rotas
de pájaros rotos, un cartel
casi hundido en el fango.
Pero duerme, no despierta.
Se derrama la tinta,
ensucia el papel, la mesa, el suelo,
vuelan fragmentos de mundos,
islas en llamas, mares en llamas,
y, en medio del caos,
una forma tropieza con su sustancia
y no la reconoce,
no reconoce el barco a su timón, a su amarra,
la máscara al rostro que oculta.
Pero duerme, no despierta.
Arañas, rocío, caracol, mercurio,
cópulas, proverbios, aerolitos,
mueble que rechina, esmalte

sobre esmalte, metamorfosis,

desde el barro hacia las alas.

Pero duerme, no despierta.

¿Quién clavó con clavo perfecto

su sueño, lo fijó

en un muro blanco, uniforme,

contra el que chocan, sin destino,

las mareas, las luces, las manos?

Tal vez en la chispa, en el fugaz resplandor...

Tal vez en la chispa, en el fugaz resplandor,
en la ola que llega o en la que se retira,
en la conjetura, en la perplejidad,
en el adiós desde el andén,
en un papel plegado, en un vidrio húmedo,
en una mujer que cruza la calle
como si cruzara un prado cubierto de flores,
en la palabra *extranjero*, en el polvo
que se acumula sobre los muebles,
en algún pasillo, en Tiziano o Van Eyck,
en la sábana nupcial, en una camisa,
a ras de tierra, bajo el agua clara u oscura,
por droga o placebo, al cabo de horas
o años o seis respiraciones de caballo o virgen,
quizás por depuración, por saturación,
por acumulación de cenizas,
por la marca de un cuchillo en la madera,
por ebriedad, por apetito, por fracaso,
tal vez el viento, el mismo y eterno viento,
más allá de la ventana,
las mismas y eternas hierbas que se agitan...

¿Por debajo? Un largo viaje leído...

¿Por debajo? Un largo viaje leído

por el ojo ciego, sin aire.

Allí no se sueña, nunca se está de espaldas.

¿Por encima? ¿Cómo sin caer

en la soberbia? ¿Cómo sin

ser arrastrado lejos por el viento?

¿Qué ocio o trabajo podrá respondernos,

qué risa que no se extinga cada mediodía?

Debe estar escrito, pero en idioma incierto.

Cada letra en sucesivos relámpagos

que no siguen un orden preciso.

¿Qué pretende el sólido

que pende inmóvil de un hilo?

Así desde siempre,

pese al paso de los trenes,

los golpes a las puertas,

las llamas que al quemar purifican.

¿Y el ritmo de cada respiración,

cada pequeña muerte entre sudores,

la luz en los vidrios de las ventanas,

la hierba que brota del suelo,
de las rocas?

¿Un deseo?

¿Un deseo?

Romper el libro, abrir el viento.

¿Un deseo?

Engañar a la muerte, despertar y seguir soñando.

¿Un deseo?

Un teatro de ópera en llamas.

¿Un deseo?

Lo dijo Yeats: *The burning bow that once could shoot an arrow out of the up and down...*

¿Un deseo?

Constantinopla, el Mar del Norte, oro y esmalte.

¿Un deseo?

El desnudo perfecto en el vaso de la Gran Obra.

¿Un deseo?

Una pluma de gorrión en el aire del mediodía y ningún gorrión a la vista.

¿Un deseo?

Una varilla, hojas de estaño, una chispa en una botella de Leyden.

¿Un deseo?

Perder la memoria, no saber de qué lado, por qué vía; un fuego en una playa oscura; una luz de fósforo que alumbra tu rostro y el ruido de una

puerta que se cierra.

¿Un deseo?

Comer con las manos.

¿En qué nos transfigurará el tiempo?

¿En qué nos transfigurará el tiempo?

¿En frágiles ramas a las que el viento
no demora en romper, en dos ciegos
con la manos contraídas, en peregrinos
hacia ninguna tierra prometida?

Alrededor, mueren de cien muertes,
todas definitivas, y nacen hacia una única
frágil y transitoria vida; se celebran
fugaces bodas con el aserrín
y el frío, y de nada parecen servir la experiencia,
porque ya no hay pasado,
el rito que promete algún modo
de la felicidad, del consuelo.

Te vi, alta y desnuda, antes de la tormenta.

Me viste, desnudo, después del trueno.

¿Qué seremos mañana,
dentro de un rato? ¿Qué somos,
si es que algo somos,
madera o papel, restos de hojas y flores,
cenizas de un fuego antiguo
y anónimo, rostros que

no logran definirse del todo
y se esfuman cada atardecer
como en la noche se esfuman
los reflejos, las ropas, las respuestas?

Oídos, nariz, ojos: tiene que haber otra cosa

A Rubén Grau

Oídos, nariz, ojos: tiene que haber otra cosa.

Otro modo de saber qué nos mata

o nos salva, cuál es el destino real del largo viaje

en el que estamos desde siempre embarcados

y que apenas si alcanzamos a entrever

en los ojos de los otros,

en el vuelo de los pájaros de rama en rama.

Tiene que haber una manera diversa,

un instrumento más allá de la brújula,

el compás, el cronómetro;

de la tierra lodosa, por fin, a tierra firme,

del mero número al color y sabor del número,

de la sangre en la tierra a la sangre,

para siempre, purificada por la luz, el agua.

Lengua viva del sueño, lengua muerta del despertar... Hay que interpretar, traducir.

Jean Cocteau, *Opio*.

Al fin y al cabo, ¿qué merezco?..

A Luis Alberto Vittor

Al fin y al cabo, ¿qué merezco?

¿Soy, finalmente, digno de la alegría vocal,

la corriente indócil y pura, el viento

del Oeste, el seno henchido,

la bóveda consolidada o fluida,

la renovada niñez, la ascensión

en vapor, por encima de la niebla,

hacia el Estrato? ¿Qué

cardadura, matiz, constelado,

levedad, pasaje, gravedad merezco?

¿Acaso soy más que la piedra que rueda,

al paso del caballo, que el ave

que muda su plumaje de rojo a gris cuando se la enjaula,

que la última voz en el coro,

en el más remoto de los Ángelus,

en el más remoto y olvidado de los templos?

En el vacío que sobreviene al final de la conversación...

En el vacío que sobreviene al final de la conversación,
en la hora sin boda ni cosecha,
en el ilícito sin testigo,
en el oráculo impreciso,
en la boca desdentada,
en el idioma olvidado;
cuando el pastor extravía su rebaño,
cuando ni la sombra
encuentra sosiego, purgatorio,
cuando el paisaje no cambia,
el sueño se vuelve roca,
cuando pareciera no existir escapatoria
ni por arriba ni por abajo;
¿dónde la ciencia y dónde el milagro,
la casa para el errabundo,
el fruto para el amante,
el rayo verdadero, que no nace
de la tormenta, la terca vibración,
el insistente llamado,
el súbito despertar
como quien surge de la tempestad,
un torrente?

Tal vez en el centro, donde todo se reúne y se concentra...

Tal vez en el centro, donde todo se reúne y se concentra;
allí, quizás, el viajero que arriba a salvo a destino
y el niño que entra al mar y no se ahoga.

Allí, almohada y alimento.

Tal vez la mujer en lo alto de la escalera,
el hombre al pie, llamándola
por todos sus nombres, incluso los secretos.

Entre uno y otro hay oscuridad
pero ninguno de los dos necesita una lámpara.

¿Quién camina sobre el hilo que une polo y polo?

¿Quién sin dejar de soñar despierta
y resume, en simple y amorosa caligrafía,
el presente de la bestia, el porvenir de la estrella?

Esto, y no otra cosa, debe ser la vida..

A Albert Camus

Esto, y no otra cosa, debe ser la vida.

Un vino agrio para saciar la sed,

un escaso alevino para poblar ríos y estanques.

Nada más. Por qué, entonces,

su obstinación en hablarnos

de las nupcias del viento con el mar y los ajenjos,

del árbol pequeño y aislado

como la más tierna y frágil de las imágenes,

del desacuerdo que sin embargo ilumina,

del canto de las cigarras

a mitad de camino entre el amor y la miseria.

En qué punto, entonces,

ahora se lo pregunto, la pánica divinidad,

el sólido corazón que se abre a la música,

la noche pura que se bebe,

la pasión que se encamina hacia las lágrimas,

los olores de la tierra y la sal,

el verano adormecido, el sereno o voraz decurso

hacia el pavor, el éxtasis, la ira, las uvas.

El momento se encarna en un niño...

El momento se encarna en un niño
que tiembla, detrás de una ventana,
ante el relámpago. ¿De qué
está compuesta esa luz fugaz y fría
que es luz pero también serpiente?
No hubo previsión como no hubo aviso;
demasiado espacio fue dedicado al tedio,
a un mero permanecer de polvo en la alfombra.
Demasiado tiempo desgastando,
de a poco, lo eterno
y de cada hora, el afán del cursor
como ojo de animal
que se encamina, sin pausa, hacia el Diluvio.
Rasga el cielo. Precede al ruido del trueno.
El mal futuro ya orbita el presente.
Dirán, en otra parte,
que todavía queda una instancia
para la gracia, el ramaje, el espesor.
Aquí, detrás de la ventana,
sigue temblando un niño
aunque la razón del miedo pareciera haber cesado.

Pude alcanzarla, al menos...

Pude alcanzarla, al menos
por un momento, para mirarla a los ojos;
no lo hice: me conformé apenas
con una desleída memoria,
impregnada de lejía,
de agua enturbiada y lenta hacia el albañal.
¿Y ahora? Siento que de lo que arde
se separa una parte de su arder,
la plomada se desvía
un grado antes de tocar el suelo.
Hay, en todo, una nota en discordia,
una fuerza en repliegue,
algo que en vez de ascender
acaba siempre, al final de la jornada,
junto a despojos, resacas...
La ocasión no se renueva,
otra es la hora como otro, el mundo;
lo vasto se hace diminuto,
la limpia orilla se cubre de guijarros
y lastima el pie a cada paso.
¿Qué claridad ahora no es de fósforo frotado,
luz que, fugazmente,
en cualquier pedazo de botella se refleja?

No duerme; el mundo le es ajeno...

No duerme; el mundo le es ajeno,
acechante. En la palma de una mano,
un laico estigma; en la palma
de la otra mano, una piedra pómez,
único residuo de un antiguo desastre.
En la oscuridad, cada pregunta vale menos
que un montón de ceniza;
si hubiese ahora carne
de otro cuerpo junto a la carne de su cuerpo,
si ese cuerpo fuera como una extensión
del suyo, ¿arrimaría calma
la labor del arduo obrero nocturno,
el que golpea con su pico
la dura piedra de lo más profundo?

Intraducible, incluso para un demonio...

A Susana Wald y Ludwig Zeller

Intraducible, incluso para un demonio

y más allá del lento agotamiento

de las lámparas, único, permanece.

¿A qué flujo o reflujo,

entonces, encomendarlo

y hacia qué polo sonoro

o con sordina dirigir el magnetismo?

No saber, jamás, si razona

o desvaría, si expresa

una vía de lava, un encuentro de amor,

si anda bajo soles errantes,

bajo la tierra, sonámbulo,

si alcanza la orilla,

si se configura como nube o vértebra,

si habla de yescas,

rayos, traiciones, esquinas,

amparos, intemperies, escudos.

¿Quién conjuga el verbo, partido..?

A Eugenia Bekeris

¿Quién conjuga el verbo, partido

el lápiz en la punta, la lengua herida

en el profundo tendón que la sostiene?

¿Quién mezcla tierra y agua

con el deseo de que del barro y sólo del barro

surjan moscas, caracoles?

¿Quién edifica su casa

en el sonido de un martillazo, de una campanada?

¿Quién se aligera de todo peso y levita?

¿Quién regresa de la peste del manzano,

de una súbita contracción

en el tejido de lo inmediato,

de la visión que, de pronto y sin motivo,

exige hilos rotos, un ademán de verdugo,

techumbre sobre el jardín,

breve sinfonía de gorgojos?

Algo equivoca el paso, resbala, cae...

Algo equivoca el paso, resbala, cae.

En el inútil ornamento de la ruina.

En el jirón que deja el reflejo en su huida.

En el compás en su brutal declinar.

En el apretado tejido que ahora se desmaya.

En lo flamante incierto, infuso.

El mal se ubica, presuroso, en el futuro.

¿Con qué fármaco conjurarlo?

¿Con qué rito, argucia?

¿Cómo arañar siquiera esa esfera

en cuyo centro se concentran las preguntas,

cada una con su espesor, su potencia?

Buenos Aires, 9 y 10 de febrero, 2012

A lo que ya no respira, todo...

A lo que ya no respira, todo
lo que se asienta y reposa;
a lo que respira todavía,
un cuaderno de anchos márgenes
con nerviosas anotaciones
acerca de chispas, fulgores y olas.
¿Y yo? ¿Indiferenciado
de mi sombra? ¿Llama
sin atizador? ¿O, tal vez,
aferrado a la última voz
del coro, abriéndome paso
hacia una lejana leña que arde?
¿Me sostiene una tela burda
o una tela suave, de la India?
¿De qué antigua escena
con nudos, remiendos e hilachas convalezco?

En el vaso, el precipitado; materia que se separó...

En el vaso, el precipitado; materia que se separó
del agua que espejea los días y las horas,
por una causa que no alcanza a vislumbrar:
¿por una mano negligente ante una piel ajena,
sobre blanda piedra de pureza extendida?
¿por una mirada, primera o última,
dirigida hacia la rasgadura,
no hacia el sólido sin desgarro, a salvo?
¿por algún olvido que pareció nimio
y que, en un remoto rincón del universo,
inició la consunción de un sol
hasta entonces con brillo y ardiente?
Allí, en el poso rojo o blanco,
sin explicación a la vista,
lo que queda de lo que la vida concentró
a fuerza de pulsación y relámpago.

¿Quién sabe? ¿quién sabe...?

¿Quién sabe? ¿Quién sabe

en medio del viaje agotadas las provisiones

y en una cara del Libro la palabra *nunca*

y el resto en blanco? Arde impura

la noticia, como pura arde

la distancia entre hacedor y objeto;

¿de qué habla el papel enrollado,

qué calla la fría luz

que se abate sobre una multitud en penitencia?

Sucedará el tedio. La beatificación

del barro, la mantarraya. El adiós

salido de una boca que se desploma.

Será otra vez mojado en la frente

y otra vez lanzado hacia la mañana rota.

Así, que no haya espera ni porvenir.

De la chispa en el agua primordial, nadie, ninguno, nunca.

Pero, ¿y esta mano sobre el propio muslo,

de qué terquedad de estrella, de limbo,

de qué estremecida esposa,

su vientre contra un espejo, provino?

Bebe agua ajetreada, descompuesta...

Bebe agua ajetreada, descompuesta
y el gusto es como una sensación
de un mal futuro, extenso y enceguecido.

Escucha: un sonido sin húmero
ni sustancia. Acaece un descolorido meteoro
donde debiera haber caos de muslos,
cavidades húmedas a un paso
de la gracia y del abismo.

Sosténganme – pide. Piel
de ofidio, frío
contra el que la vigilia se disemina
en actos repetidos, sin significado;
¿y el sueño? ¿Escena
que aguarda su idioma amplio,
su desnudo? En el centro
de cuanto ocupa la mirada,
un animal huele un poco
y luego, antes de que pueda gritar,
se convierte en aire.

Y atareado de sombras y motores...

Y atareado de sombras y motores,

empuja bala de éter por entre los números perfectos que pulsan,

los muslos que aspiran ser blancos, musicales.

En el fondo de la lámpara arde la última gota que no se consume.

Y gravita un Sí por encima de la roca en circo que se niega.

Pero, ¿debajo de qué desnudez aparecerá por fin el vestido?

¿ de qué lado del paisaje surgirán lágrima y pétalo,

agitado friso tras la huella del musgo?

Perecerá aquello que lleve mi nombre...

Perecerá aquello que lleve mi nombre,
el resto -limo, moho, fuego,
tu espalda contra el muro,
el papel con su filo, un ladrido,
un adiós ajeno y oído al pasar- seguirá existiendo.

Al ser llamado -eso creía-
y al yo acudir, en alguna lejana roca,
cada vez se inscribía una nueva marca profunda,
evidente y segura. Eso creía.

Pero el viento, con su obstinación,
enturbió la límpida superficie
y mi rostro allí reflejado,
hasta entonces una unidad,
se descompuso en fragmentos
que, de a uno, irán desapareciendo
al llegar a la orilla,
y así hasta el último.

Esto prosigue, sin pausa,
y no se detendrá.

Si equivoco el paso en la vía de grava...

Si equivoco el paso en la vía de grava
hacia la única y posible casa, ¿entonces qué?
¿Adiós, y para siempre, al cobijo,
a la posibilidad de cobijo?
¿La intemperie, la espalda contra un muro
y, en el cielo, cien millones de soles
que, sin reversión, se enfriarían?
¿Qué calzado usar, cómo conseguir,
en un mundo que desde el eje se inclina, equilibrio?
¿Trocar el pie humano por otro pie,
animal, arcangélico? ¿Si caigo
al abismo, al fondo donde se arraciman
los humores de la lluvia,
al espacio donde, sin necesidad de tiempo,
se cuecen los sabores primeros y ya últimos,
del invierno? Si equivoco el paso,
¿adiós, y para siempre, al viento,
cuando sopla desnudo, de polo a polo,

para tan sólo transportar una voz, un nombre?

Me dice algo al oído...

Me dice algo al oído.

Me dice lo que no quiero oír.

Me lo dice y se desatan los perros.

La tormenta se desata.

La materia se disocia

y la locura pierde instancia, categoría.

Me lo dice como si al decirlo

la tierra se volviese infecunda

y el amor no se entendiese

y junto con el agua derivase hacia el confín.

Me lo dice y el mundo se reduce

al tamaño de un grano de arroz;

me lo dice y el mundo se expande

hasta ocupar el universo.

¿Qué no es tosco ahora, y superfluo,

qué no desencarna, se vuelve inútil, impreciso,

qué deseo no se inclina al reposo?

Del suelo y su abundancia, apenas un mapa.

De la velocidad, apenas un engranaje.

De lo prometido, un palo soterrado,

un efecto, azul o blanco,

un faro que se apaga
más allá del último sol, el último vestigio.

¿ Hay, abajo o arriba, una voluntad..?

¿ Hay, abajo o arriba, una voluntad
capaz de reunir, en un mismo punto,
denso de toda densidad, cuerno y cifra?
En el preciso instante de la hoja seca,
¿ dormita el puño atravesado por la espina
y se nutre el pecho ciego de azafrán y cábala?
No dura el pez en la tierra.
No dura el terrón bajo la lluvia.
No dura la mirada ante la luz que explota.
No duran. Sólo la noche es alta
y el día se disipa en su propia y constante radiación.
En lo oscuro, regurgita, ofrece
de su boca un bolo casi místico,
allí se congregan vestidos y desnudos,
presas de la fiebre, dando gritos.

¿Qué busca el pez en el fondo? Revuelve...

¿Qué busca el pez en el fondo? Revuelve
con su trompa el barro. ¿De qué luz
dispone, allá abajo? ¿De qué luz
dispone si hasta allá abajo no llega
ni un poco de luz? Escarba,
en lo profundo, en lo oscuro,
en el silencio. ¿Qué busca,
qué cosa busca, allá
en el fondo, sin luz que alumbre,
donde no se sabe si es día
o noche, bajo
el peso del mar que lo aplasta?
¿Tiene ojos? ¿No los tiene,
es ciego? Revuelve,
escarba, en el barro.
¿Qué busca? ¿Busca algo?
¿O sólo es costumbre,
acto mecánico, sin sentido?
En un lado de la tierra
anochece: se vacía cada vaso
y no queda agua para ser bebida,
del otro lado, amanece:
la amada se disuelve
ante los ojos del amante;
allá abajo, lejos,
revuelve el pez en el barro,

en lo oscuro,
bajo el peso del mar,
bajo el peso.

Queda, sin embargo, una instancia...

Queda, sin embargo, una instancia.

En el dorso de la mano que roza el agua.

En las algas sumergidas que la mano no alcanza.

En la palma de la mano que es mía, de todos y de ninguno.

En cada mano que pugna por la luz y rehúye el lodo.

En el lodo que el escarabajo transforma en mundo.

En la luz que otorga su azul al azul.

En el molino que gira y muele granos y horas.

En el polvo de las horas que el paño pugna por limpiar.

En la mañana anterior a la conciencia, flujo y reflujo del sueño.

En la conciencia, mariposa que choca una y otra vez contra la ventana.

En el desnudo y su lenta procesión de misterio a misterio.

En la flor que cae y en su caída esboza la eternidad.

En el esfuerzo hacia el tragaluz, el respiradero.

Podemos decir que si vives, escribes. O mejor dicho, si escribes es cuando realmente vives. También puedes cambiar de modo de vida, pero si no es eso lo que deseas, no te queda más remedio que seguir viviendo así. Todo reside en la elección del ego, lo cual no deja de ser una forma de libertad. La libertad debe dejarte desconcertado.

Gao Xingjian, *Ensayos parisinos*.

Al destierro, siempre. A una muerte vegetal...

A Nussy Cohen

Al destierro, siempre. A una muerte vegetal,
inaudible, sólo concebible como recurso último,
luego del compás y la regla, la tabla usual;
adonde la hora es un largo hueso,
mitad fémur y mitad húmero,
y un perro muerde por morder
el botón, el revés del saco, la analogía.
A ese paisaje, entonces. A esa desnudez
entendida como lluvia sin nube,
torpe memoria que un instante antes resbala;
hueca pregunta, turista que vacila
mientras desciende por vez primera del tren;
a una fotografía virada al rojo
que nada nuevo ofrece,
a lo sumo un cielo que tiene sed
y, en su desesperación, se arroja sobre la arena.

Pero en qué lugar encontrar piedad...

A Rik Lina

Pero en qué lugar encontrar piedad
para el fruto caído en el barro del camino,
para el reloj detenido a la una y cuarto,
para la última reserva de pan
antes de la lluvia de las cenizas;
tal vez no donde pensamos,
no donde nos enseñaron,
quizás en el viento que, indeciso,
agita tanto una hoja como una cortina,
un vestido, una hierba olvidada,
quizás en el único carbón
que no ardió anoche en el hogar.
¿En un papel con una cuenta
escrita con tinta dejado sobre la mesa?
Ahora recuerdo que nada abriga,
en la lluvia, a la piedra,
y que sólo en el sueño del alquimista
el dragón envuelve a la mujer desnuda;
el que viaja puede caer

fulminado por el rayo,
el mismo capaz de quemar al árbol
e incendiar los trigales.

¿Y si esa supuesta piedad no existiese
y todo fuera desnudez e intemperie,
un animal solitario y descentrado
aullando en donde siempre anochece?

Una hilera de luces hacia el océano...

Una hilera de luces hacia el océano;
me detendré ante cada luz,
le daré un nombre que sólo yo conoceré
y seguiré. Me pregunto
qué relámpago alumbrará el agua
cuando mi pie deje la primera huella
en la arena, qué ola
saltará entonces desde el horizonte hasta la orilla,
qué bandada me sobrevolará
con batir de alas y graznidos.
Pero aún no es la hora de la partida.
Deberé esperar todavía,
el final de la esquila y la siega,
la llovizna sobre las ramas secas apiladas,
ante mis ojos el lento esfumarse de las caras amadas,
los lugares amados, sin transfiguración posible.

Es inútil trabar la puerta, cerrar...

Es inútil trabar la puerta, cerrar
la ventana, detener el reloj,
cambiar la voz por el ladrido,
enmascararse, endiosar
a hombres con cabezas de perros,
a perros con cabezas de hombres,
tratar de evitar que el pájaro muerto
se pudra sobre la tierra;
es en vano encender un fósforo
atrás de otro en plena noche
para que parezca que es de día,
dormir con los ojos abiertos,
dormir con un ojo abierto,
prefijar la vida, de los otros
y de uno mismo, hacer
comercio con el olvido
para salvar al menos
de su rostro, ahora remoto,
un mínimo brillo,
un mínimo gesto.

Porque se hizo espeso y grave...

A Seamus Heaney, enterado yo hoy de su muerte

Porque se hizo espeso y grave
y no apareció la primera estrella,
en lo oscuro, ningún perro ladró
aunque tuviese garganta y lengua;
no hubo quien se dirigiera derecho
y hubo quien, en camino conocido, extravió el rumbo;
porque toda novia fue entregada a los lobos,
y cayó diluvio sobre la tierra prometida,
y cada palabra fue envuelta en gramática
y sus tendones contraídos hasta lo imposible;
porque en cada boda se formó un pantano
y hacia allí se encaminaron las aguas servidas,
preguntó y no le respondieron,
preguntó y se quebró el violín antes de la nota justa,
y lo que hirvió fue de lo zoológico la larva,
de lo botánico una hoja sin filo ni nervadura.

Juntos cavaremos, eso dijimos. Fue...

Juntos cavaremos, eso dijimos. Fue
una tarde de cielo rojizo,
en el vaso una bebida agria
y más allá de la ventana, un humo remoto
tal vez de ramas que ardían,
de hojas que ardían. Hacia
el centro, dijimos,
el centro del Gran Fruto
en cuya rugosa cáscara habitamos;
¿al llegar por fin será lo soñado,
lo prometido, al fin encontraremos....etcétera, etcétera..?
Quizás no, allí quizás todo sea igual,
la misma rata mordisqueando el mismo duro pan,
el mismo olor en las maderas y metales.
Pero, al menos, habremos cavado,
tendremos las uñas sucias, no nos habremos resignado.

Fuera de la boca, curva el aire...

Fuera de la boca, curva el aire;
hacia adelante, más allá de la esquiva mirada de las bestias.
de la eterna inocencia de los tilos,
como si al avanzar creara el mundo
aunque anuncie apenas una semilla, una mancha.

Cunde, porque aquí habita y anhela;

Cunde, porque aquí habita y anhela;

hacia un extremo, una punta que atraviesa el aire.

Allí, lo no vivido, lo que resta.

Una figura aparece: en el momento del café,

sin compañía, cuando el mundo se sumerge

en un mar sin olas, abajo peces chatos, fulgentes.

Me llamo... La busco entre relámpagos,

vasos capilares, dendritas, animales sueltos

y atados, cavidades, nidos vacíos, rellanos.

Una nota al pie: *otro día se hizo. Llueve.*

Otra nota al pie: *darle forma al barro, única tarea.*

Me dice algo al oído...

Me dice algo al oído,

me dice lo que no quiero oír.

Me lo dice y se desatan los perros.

La tormenta se desata.

La materia se disocia

y la locura pierde instancia, categoría.

Me lo dice como si al decirlo

la tierra se volviese infecunda

y el amor no se entendiese

y junto con el agua derivase hacia el confín.

Me lo dice y el mundo se reduce

al tamaño de un grano de arroz;

me lo dice y el mundo se expande

hasta ocupar el universo.

¿Qué no es tosco ahora, y superfluo,

qué no desencarna, se vuelve inútil, impreciso,

qué deseo no se inclina al reposo?

Del suelo y su abundancia, apenas un mapa.

De la velocidad, apenas un engranaje.

De lo prometido, un palo soterrado,

un efecto, azul o blanco,

un faro que se apaga

más allá del último sol, el último vestigio.

Pero, al menos eso hay, eso queda

Pero, al menos eso hay, eso queda
al cabo de cien mil jornadas de agua y fuego.
Una marca en la pared, en la madera.
Una marca de punzón, de punta de cuchillo.
Un somero abrigo bajo lluvias de carbón,
de piedra pómez, de aves disecadas
con sus huesos unidos por alambres.
Aquí el óxido del gozne,
el eco del eco de un átomo que apenas fulgura,
lo que, sabiéndose mortal,
empuja un carro sin ruedas
hacia el abismo que, adelante, se abre.

En el vórtice, apenas sostenido...

En el vórtice, apenas sostenido
por un hilo de araña, intenta decirle su nombre
a una sombra ; casi ahogado,
casi aplastado por el peso de cien elefantes,
procura decirle su nombre a esa sombra que pasa,
veloz, por única vez ante sus ojos;
Soy... y la sombra sigue su marcha,
porque esa sombra,
como toda sombra, carece de oídos, es sorda.

Sí, hay un tiempo para cada cosa...

Sí, hay un tiempo para cada cosa
y lo eterno se desdobra
para que el beato pueda copular en sueños;
si hay un dios, lo estimo flaco,
siempre en deuda hasta con el limo,
aunque pretenda manejar el compás
y terciar en el abrazo de los amantes.
Un momento para madurar para la vida
y otro para madurar para la muerte,
para cavar un momento
y otro momento para mirar a Venus;
el mismo niño que vio sin temor en el suelo
las extrañas sombras de las hojas, durante el eclipse,
sueña con una casa en llamas
y despierta temblando en plena madrugada.

¿ Hay, abajo o arriba, una voluntad...?

¿ Hay, abajo o arriba, una voluntad
capaz de reunir, en un mismo punto,
denso de toda densidad, cuerno y cifra?

En el preciso instante de la hoja seca,
¿ dormita el puño atravesado por la espina
y se nutre el pecho ciego de azafrán y cábala?

No dura el pez en la tierra.

No dura el terrón bajo la lluvia.

No dura la mirada ante la luz que explota.

No duran. Sólo la noche es alta
y el día se disipa en su propia y constante radiación.

En lo oscuro, regurgita, ofrece
de su boca un bolo casi místico,
allí se congregan vestidos y desnudos,
presas de la fiebre, dando gritos.

Música ciega, en el dominio más helado...

Música ciega, en el dominio más helado;
en el invierno, ni la imaginación concibe el verano.

Ni la flor, ni el fruto,
ni la agilidad del animal entre charco y charco;
digo *Abisinia* y, de pronto, cruje la madera
y se derrumba, envuelta en ocre, la inocencia;
digo *yo* y, de inmediato, sal en la herida
y el destino como filo, gorgojo, ausencia.

A los pies de cada cama, con su enfermo,
una mujer de blanco, inmóvil.

Hablaría, el enfermo, en lenguas, si se lo propusiese.

Profetizaría pestes y lluvias de sapos,
la mujer de blanco, si se lo propusiese.

Pero es *Abisinia* y ambos callan,
afuera cae la hora por su propio peso
y un daguerrotipo fija vulva y colmillo,
y aquello, secreto y antiguo, que los lubrica.

Pero digo *yo*, y la sílaba pierde su eje,
se disipa entre repetidas, monótonas conversaciones
que dan cabida al vano consuelo
y arrojan, como agua servida, el nudo, la estrella.

Tiene que haber -pensamos- otra instancia...

A Virginia Tentindo

Tiene que haber -pensamos- otra instancia,
una música salida de nosotros mismos
y que sólo nosotros podamos oír,
un angosto camino abierto entre piedra
y piedra, hacia donde, no importa
si en la realidad o en un sueño
-que es la misma cosa-, una criatura alada
construya, a la luz del sol, un panal.
Sí, estamos solos y todo alimento es fugaz;
si entendemos es por rumor,
por precario sistema de espejos,
por fragancias en desbandada;
las manos en el propio rostro
y la confianza que vacila
entre medicina y hechicería.
Tiene que haber... y lo vivo
abre otra vez su libro
y allí despierta de nuevo,
compacta, sin un solo poro, la niebla;
la mano, amiga o extraña,

pugna por defender el último don,

la penúltima profecía.